

Manuel Artime Omil, *España en busca de un relato*. Madrid: Dykinson, 2016, 346 págs.

¿Es posible otro relato de España? Bienvenidos a la Historia

Va a ser verdad que la historia tiene un sentido circular como sostenían los griegos cuando todavía no se había impuesto el sentido teleológico cristiano que en la modernidad traducimos como progreso y ahora como crecimiento sustentable. Este libro de Manuel Artime confirma esa idea de la circularidad de los problemas históricos porque plantea un viejo problema de la España contemporánea que se creía superado. Volver a ocuparnos de lo que creíamos superado es lo propio de un tiempo de crisis, del fin de una época –la inaugurada por la transición en española pero también de la posguerra europea–, de un momento de tránsito. Y como es propio de los tiempos de crisis que generan tránsitos, no se sabe muy bien hacia dónde nos dirigimos ni cómo. Nada hay más circular y repetido que las crisis, y para ninguna otra cosa ha puesto más empeño la humanidad, la política y la ciencia que para evitarlas durante el siglo XX. Bienvenidos de nuevo a la historia como acontecimiento impredecible; adiós a las seguridades de las estructuras y los cambios predecibles.

Este es un libro inspirador, adecuado para discutir y analizar la tensión contemporánea que sacude al Estado español, ese proceso que construye España viniendo de un imperio en el siglo XIX. A partir de un manejo bastante exhaustivo de la historiografía y a través de unas cuantas relecturas muy interesantes, la propuesta de Artime permite discutir de la singularidad, la excepcionalidad y la normalidad de un Estado español contemporáneo que sucede al imperio español transatlántico –aunque no siempre dispuesto a tomar conciencia de ello– y que quiere ser España, la nación.

Había crisis pero no había conciencia de crisis empieza diciendo el autor. Tan cierto como que pasaron veinticinco años desde 1990 para que el mundo tomase conciencia de que se ha terminado el equilibrio de la posguerra mundial, justo en medio de una crisis económica que revela todas las crisis pequeñas, incluida una crisis civilizatoria ambiental relacionada con la forma de producir, consumir y vivir en la naturaleza y en el planeta. Aunque esa es la filosofía y el tiempo del libro, otras es su escala.

Se habla de España para afirmar que el relato y la cultura de la Transición están en crisis desde hace al menos una década y que la democracia española ha ido quedando poco a poco sin fundamento histórico precisamente cuando más lo necesita. Esta es a mi juicio la tesis central del libro, que se apoya en tres vectores críticos que permiten al autor explicar y argumentar esa crisis:

1) *La memoria histórica que rompe la mitología transicional*; que vemos basada en la reconciliación (hecha ideología) y el consenso (obligación política del bipartidismo); *abre un debate sobre la Transición* y obliga a preguntarse por las *continuidades con la dictadura precedente*.

2) *La movilización socio-política generacional del 15-M*; digamos que de los precarios, de esa generación y pico de jóvenes relegados o frenados pero que se toman en serio la democracia en que fueron educados y su derecho a tener aspiraciones propias.

3) *Los nacionalismos periféricos y el desdichado desenlace de la reforma del Estatut*; que deberíamos pasar a denominar litorales, abandonando la centralista y peyorativa denominación asentada; y añadir la frustración del Plan Ibarretxe y la campaña electoral de 2009 contra el bipartito gallego.

Artime da cuenta en *España en busca de un relato* del tiempo que nos toca vivir y de sus inquietudes con una exhaustividad historiográfica encomiable que a los historiadores puede servirnos para reconstruir un nuevo marco interpretativo acorde con los tiempos, demandas y valores de hoy. Puede ayudarnos a pensar cómo articular nuestro trabajo empírico y ordenar los resultados de muchas investigaciones innovadoras que ya hace tiempo que se están haciendo por las nuevas promociones de historiadores e historiadoras, dándole forma de un nuevo programa de investigación diferente al establecido por la “cultura de la Transición”. Es una llamada a superar viejos relatos inútiles pero repetidos y empezar a construir otros nuevos y a evitar que el viejo relato político siga deglutendo las novedades que la historiografía logra producir de modo renqueante. Es un toque de atención –y no es el primero– para ponernos a construir un nuevo conocimiento útil sobre el pasado.

El programa de investigación de la historiografía de hace cuarenta o cincuenta años se sustentaba en los debates sobre la revolución burguesa (liberal) y la transición del feudalismo al capitalismo (crisis del Antiguo Régimen), con toda coherencia con el marco teórico de la época y las preguntas que la sociedad y la política se hacían a finales del franquismo, cuando la sociedad y los poderes se preparaban para lo que ocurriría después de la muerte del dictador (“hecho biológico” según el científico y material eufemismo obligado). Sobre aquellas bases y por aquel entonces se renovó – más bien revivió– la historiografía española, y de esos réditos seguimos viviendo. Es hora de proponer y discutir un nuevo programa que articule la investigación y sea capaz de producir también un nuevo relato. Ese es directamente el reto que directamente nos plantea este libro. Sus propuestas más destacadas a mi juicio pueden agruparse en dos más cuatro puntos en los que centraré este comentario.

1) Una reivindicación de la Historia que en el fondo viene a expresar una auténtica hambre de Historia, propia de este tiempo de crisis, hambre de conocimiento del pasado desconocido que los historiadores debemos intentar saciar respondiendo a esta demanda mejor de lo que hemos hecho hasta ahora. La Historia como construcción de un conocimiento articulado del pasado fue relegada con el final de la Transición –o simplemente abandonada– a favor de la teoría de la modernización y sus ciencias asociadas. La Historia, después de haber crecido considerablemente a finales del franquismo, perdió interés en favor del presente y aquel abandono fue casi como una liberación para la mayoría de las ciencias sociales que en buena medida se habían visto obligadas a desarrollarse estudiando el pasado, utilizando el pasado para sus estudios empíricos. Aquellas nuevas ciencias del presente y de las estructuras, como la economía o la ciencia política, difícilmente podían ocuparse de un presente dictatorial que les

vetaba, salvo instrumentalmente, su conocimiento e indagación. Esta forzada vocación histórica tal vez afectó menos a la sociología, pues tuvo un amplio campo de trabajo fundando los estudios de opinión pública en la segunda mitad de la Dictadura. Los estudios de comunicación ni siquiera existían fuera de su aplicación al pasado.

El final de la Dictadura y la Transición conocieron una explosión de historia y una demanda de conocimiento del pasado –Santos Juliá se ha referido a ella repetidamente–. Pero el final de la Transición y la “normalización” democrática después de 1982 trajeron consigo, por fin, la liberación de las ciencias sociales y el abandono del interés por el pasado. Se abandonaron las preguntas y el interés por conocer un pasado diferente u ocultado por la Dictadura, y se consideraron aceptablemente respondidas aquellas otras preguntas formuladas pensando en construir una transición. Hoy vuelven con fuerza otras preguntas, intereses y demandas sobre el pasado. Cuarenta años después de la Transición y en medio de crisis e incertezas locales y globales, el interés por la historia que hoy parece volver con fuerza no formó parte de la “Cultura de la Transición”.

Esa reivindicación de la Historia que formula el autor queda bien clara en una idea contundente: “los cambios emancipatorios pasan por la transformación de la historia en curso por eso es necesaria la comunicación crítica con el pasado”. Por eso y para eso.

2) Esta obra propone España como sujeto histórico colectivo. Para ese objetivo es un trabajo útil e incluso admirable. El autor piensa bien, sitúa los problemas y define los debates cívicos y emancipatorios más necesarios. Articulados todos en un proceso histórico (un nosotros) compartido y en un relato histórico (el) de España. Esos elementos para el debate están presentados e incluso ya inicialmente argumentados en una introducción muy útil y muy bien articulada de solo 17 páginas. Después son ampliamente desarrollados en nueve densos capítulos que repasan episodios como la casi olvidada Segunda cuestión universitaria; momentos; acontecimientos como 1808 o 1968; coyunturas como la revolución liberal de 1812; mitos, muchos mitos; personajes y pensadores: Tierno, Sacristán, Aranguren, además de los inevitables Ortega y Azaña (¿no hay mujeres?); culturas políticas. Con algunas ausencias a las que me referiré después.

Las otras cuatro ideas centrales tienen que ver con la propuesta del autor de contrastar la democracia actual con su propio pasado (pág. 20) y a este respecto considero adecuado el uso de la Historia que propone: “la historia, lo que nos proporciona es un bagaje experiencial en el que evaluar las categorías del presente y nos previene de la continuidad con formas de injusticia del pasado” (pág. 21), aunque no suficiente.

a) Su idea de la imposición de un relato modernizador en la Transición (pág. 23) me parece tan evidente como importante y por ello merece desarrollarse. Esa imposición, a mi modo de ver, se explicaría a la altura de 1977 por el interés de la sociedad en dejar atrás el pasado y construir un futuro diferente. También por la ignorancia sobre el pasado (de ahí las ganas de conocerlo en el tardofranquismo y la Transición) y por la falta de una memoria democrática (republicana, liberal) articulada, que había sido completamente destruida por la dictadura, había envejecido en el exilio o

se había difuminado y perdido en el interior. Pero también por el dominio político del franquismo que pilota la salida de la dictadura en 1977. El relato modernizador que se impone entonces desconoce o deforma aspectos fundamentales del pasado democrático, del pasado de esa democracia que está naciendo. Llega hasta el punto de negarse la misma posibilidad de un pasado democrático anterior. La consecuencia es que la democracia se queda sin pasado en 1978. Y el pasado que tiene hoy esta democracia presente no logra franquear el límite de 1978 sin perder los nervios.

Tampoco deja de ser significativo que la mención de la Constitución de 1978 al pasado republicano español tenga que ver exclusivamente con las regiones y nacionalidades que ya hubiesen plebiscitado sus estatutos de autonomía.

El desentendimiento del pasado como fundamento del presente llega al punto de desconocer o despreciar que los proyectos modernos –que no modernizadores– del pasado no fueron malogrados sino exitosos en algunos casos: en 1907, en 1931 y antes en 1885 o en 1868. No fueron fracasos sino que siguieron las mismas vicisitudes que procesos semejantes en la Europa moderna de la misma época. La pregunta del historiador es por qué lo seguimos desconociendo aún hoy en día o por qué no lo indagamos. El relato modernizador establecido hace cuarenta años requiere de un atraso o fracaso atávico, y aunque las evidencias de la indagación histórica lo nieguen u obliguen a cuestionarlo, el atraso que justifica el proyecto modernizador no se ve modificado en el relato general del pasado colectivo. La pertinente pregunta de Artime es como se puede “modernizar después de la Modernidad” (pág. 201 y siguientes).

b) Déficits democráticos. La afirmación de Artime “los déficits que hoy se achacan a la democracia española, poco tienen que ver con una herencia antiliberal... de un poso fascista o nacionalcatólico, sino más bien con la impronta de ese liberalismo contrarrevolucionario, o contrademocrático que encuentra en la transición española el laboratorio de pruebas...” (pág. 25) puede todavía formularse de modo más rotundo en uno de sus sentidos. El fascismo no tenía fuerza en España en 1936 e, incluso a pesar de la fascistización de la guerra, ni siquiera la siguió teniendo después de 1945: no en la forma hegemónica y exclusiva que era necesaria para su proyecto. Lo que no quiere decir que no tuviese un papel central y fundamental a lo largo de toda la Dictadura, incluido un final pilotado por la tercera generación del movimiento, aquellos jóvenes falangistas que se convirtieron en Unión de Centro.

No obstante, esta fragilidad se la ha atribuido al franquismo (como búnker) una fuerza enorme en el relato del pasado sobre la Transición, vía relato de la Reconciliación, como forma de tapar las frustraciones derivadas de la incapacidad del antifranquismo para provocar un proceso de ruptura exitoso en la salida de la Dictadura. Una posibilidad por lo demás muy difícil no tanto por la fuerza de un búnker fascista o católico sino por la fuerza de las estructuras del Movimiento gobernantes en 1976 que en 1977 son transmutadas en la UCD, pero que no logran la mayoría en las primeras elecciones. Es decir, que cuando los individuos votan por primera vez la fuerza de las estructuras de la UCD (con incrustaciones no franquistas) y de AP (franquismo exclusivo) no logra superar al antifranquismo. Pero ellos no son el búnker sino los interlocutores con los que negocian y consensúa la oposición. De modo que el franquismo ignoto e innominado (búnker) se convierte en un chivo expiatorio y

alargado que llega hasta el presente en el relato dominante, mientras el franquismo con poder (gobierno del movimiento/UCD) tiene el mérito de favorecer el tránsito democrático, quintaesenciado en la legalización de un PCE que apenas supera en diputados a la menguada AP en 1977.

c) Contrastar la democracia actual con su propio pasado –como propone Artime– exige también asumir la complejidad del pasado y de la memoria de la Transición. Por ejemplo la memoria de los fusilados de 1975. La de Humberto Baena, estudiante en las mismas aulas de la Facultades de Historia Santiago en las que doy clase a mis alumnos, que en cuatro meses pasa de huir de la policía que lo busca por pagar la esuela en la prensa de un muerto por disparos en la manifestación del primero de mayo de Vigo, a ser asesinado en Hoyo de Manzanares –y cuya familia sigue sin poder reabrir su caso pese a las pruebas de que él no pudo cometer el crimen de que se le acusó–. La de Moncho Reboiras, asesinado ese mismo verano en un portal de Ferrol, contra el que la policía efectuó casi doscientos disparos y víctima después de muerto de una anotación en el registro civil de defunciones –idéntica a las de las matanzas de 1936–. Ambos son dos de los muchos ejemplos de memorias incómodas, tan incómodas que la democracia actual no sabe cómo integrarlas ni resolverlas. Son los asesinados sin asesinos de la Transición: víctimas sin victimarios como los de 1936, pero mucho más difíciles de integrar, porque su memoria está más viva y sus casos pueden esclarecerse.

Sabemos que era lo que quería olvidar el franquismo en el poder en 1977 pero debemos preguntarnos también qué pasado querían olvidar las izquierdas en 1977. La pregunta es importante para entender las soluciones adoptadas entonces, siguiendo el hilo apuntado por Paloma Aguilar. También para entender el tipo de recuerdo y olvido (y su gramática) que se establece entonces bajo la fórmula “superación del pasado”, denominado frecuentemente “pasado cainita”. Qué pasado querían hacer pasar PSOE y PCE es una pregunta pertinente para dirigir a la investigación. Puede que si logramos entender algunas desmemorias de 1977 podamos empezar a entender el pasado que se quería hacer pasar.

El relato que tenemos de la Transición, el más oficial pero también los más alternativos, no permite entender a Baena ni a Reboiras, no los incluye, no sabe cómo integrarlos a ellos ni a tantos otros. Tampoco sabe cómo abordar –ni siquiera ha empezado– la memoria de las víctimas vivas de la Transición, no sabe cómo contar su historia. Algo se ha empezado a hacer (A. Sabio). Tal vez por eso la sociedad y los historiadores e historiadoras seguimos centrándonos en aquellas víctimas, las de 1936, que ya no pueden hablar más que desde la postmemoria; porque no sabemos qué hacer con las de 1976. La experiencia de las víctimas de la Transición de hace cuarenta años constituye un argumento que seguramente ni ellas mismas saben cómo integrar en la reconciliación que fundó este presente.

d) Pervivencia de formas de dominación del franquismo. Todavía no hemos conocido ni entendido la profundidad de lo que aconteció entre 1936 y 1975, y por eso coincido con el autor cuando menciona la necesidad de “una profunda reconsideración del franquismo [...] tomando en cuenta las múltiples formas de dominación que operan en el (patriarcal, centralista, homófobo, nepotista, plutocrático, etc.) y que han continuado lastrando nuestra vida democrática”. Múltiples formas de dominación

asentadas en el franquismo que condicionan nuestra vida democrática cotidiana. Formas que se fueron redefiniendo durante cuatro décadas (I. Saz) que están fundamentadas en el tiempo y las ideas del fascismo de los años treinta, pero también en la persecución y la matanza española de 1936. Y que se fueron estableciendo, imponiendo y redefiniendo después de un proceso sistemático y profundo de destrucción de una sociedad civil liberal de carácter centenario (1833-1936) y de las culturas políticas emancipadoras que arrancan de 1812: liberales, libertarios, socialistas...

En la propuesta de Artime, tan útil para debatir sobre la historia contemporánea, discutiría algunas cosas y discreparía de otras. Sobre todo de las categorizaciones que establece sobre la historiografía española y el análisis que de ellas deriva. Identifica a un conjunto de historiadores con lo que denomina núcleo duro de la historiografía defensor del relato dominante (pág. 26) a través de sus coincidencias argumentales y alineamientos en debates historiográficos de las últimas décadas, pese a sus dispares trayectorias. Sin embargo no se interroga sobre las razones de tal coincidencia ni sobre qué es lo que tienen en común, más allá de su reivindicación de la Historia liberal. Tampoco acierta, a mi entender, en la identificación de lo que denomina Historia social, que identifica mayormente con la historia política e ideológica, centrada en su mayor parte en el análisis del discurso. No integra adecuadamente a las corrientes de la Historia económica y social y desconoce el aporte de la Historia rural. Finalmente considero que confunde el dominio del campo mediático con el dominio del campo historiográfico. Lo cual es significativo y revelador de la realidad de la influencia pública y mediática de unos sectores y la falta de influencia de otros. También de cómo algunos sectores influyen en el campo historiográfico principalmente por su dominio del campo mediático. Tampoco está acertado, por razones estrictamente biográficas y cronológicas, en la construcción de la genealogía de historiadores ni en el establecimiento de los cortes generacionales (págs. 30-2). Aunque todo ello también es revelador de la visibilidad y la invisibilidad de las historiografías españolas.

Este es un libro sobre ideas que obliga a su vez a discutir ideas. En todo caso, siendo las ideas y su Historia muy importantes, no fueron las ideas (con permiso de Agnes Heller) las que provocaron la catástrofe de 1936. Entendiendo por catástrofe la pulsión genocida, la sistemática destrucción posterior de la sociedad civil y las políticas liberales y los cuarenta años de Dictadura. Fue un golpe de estado que dieron en el mes de julio unos pocos militares con muy pocas ideas pero muy firmes.

Argumentando a favor de los presupuestos de este libro, desde la Historia que el autor reclama, podríamos afirmar que olvidar el fundamento material y factual de la Historia nos ha llevado en parte a este relato de “cultura de la Transición” que tan acertadamente critica el libro y que contrasta en sus diferentes versiones sobre el pasado contemporáneo a lo largo de casi 300 páginas, hasta llegar al epílogo de Antonio Santesmases. En esas páginas hay muestras interesantes del abandono del conocimiento y la fundamentación material de la historia, en beneficio de un análisis del discurso en ocasiones veces excesivamente manierista. Como cuando hace mención de los historiadores que convierten el sectarismo en la razón del fracaso de la República, sin mencionar siquiera el golpe de estado (pág. 144).

Es necesario diferenciar los conflictos del pasado y sus resoluciones e identificar empíricamente las prácticas, repertorios, culturas y memorias que los construyeron. Hacer historia requiere y significa incorporar al relato lo material, el acontecimiento, lo inesperado, para que sea verosímil, nuevo y emancipatorio. ¿Que qué quiero decir? Hablo de una historia tangible y contundente como la que se hizo en su día sobre la revolución liberal y la desamortización eclesiástica (R. Villares, González de Molina, Ricardo Robledo, etc.), como la que permite producir conceptos como armas del débil, economía moral, resistencia-resiliencia; descubriendo instrumentos escondidos de luchas emancipatorias más visibles. Historias tan contundentes, tangibles y materiales como las de los montes comunales de aldeas que resisten la desamortización o las propiedades conquistadas por los labradores en el norte peninsular. O la rotundidad del golpe de estado de 1936 mucho antes de que fuese convertido en una guerra fratricida.

Lourenzo Fernández Prieto
Universidad de Santiago de Compostela
lourenzo.fernandez@usc.es

Fecha de recepción: 14 de diciembre de 2017.

Fecha de aceptación: 18 de diciembre de 2017.

Publicación: 31 de diciembre de 2017.